

---

## Georgetown blues

---

Para Frank O'Hara, «poeta en Nueva York»

*Cae la lluvia fiel del cielo perseguido  
por los reflectores, herido por innumerables aeroplanos,  
mas, a veces, redimido por el vuelo de la alondra,  
por el paso apenas perceptible del ruiseñor  
(«nightingale» en su mejor definición)...*

*Encerrados en un cuerpo que ya empieza a decaer,  
vestidos con la ropa del weekend  
para trasponer la puerta de otra noche,  
vemos pasar calles, canales, faroles aureolados de lluvia,  
autos, autos, autos, muchachas que saben a dónde van,  
jóvenes barbudos arrastrados por la corriente,  
señores jadeantes con ropas deportivas,  
un gato contemplativo y los frívolos perros que lo persiguen,  
una comercial tajada de luna,  
corazones y sexos, soldados con licencia,  
diarios con noticias de invasión,  
Whitman cubierto con una revista de desnudos,  
Whistler asaeteado por flechas de agua,  
Santayana describiendo el vuelo transatlántico de la gaviota agustiniana,  
Bogart iluminado por el cigarrillo culpable,  
bailarines de «breakdance», señoras pensando en Gershwin o en Cole Porter,  
oradores furiosos anunciando al dios de los castigos,  
gorduras monumentales de mantequillas, hot cakes,  
mermeladas, bollos, crema, chocolates rellenos de untuosa química,  
flacuras metodistas, el Salvation Army esgrimiendo biblias ante los borrachitos,  
niños con banderas y símbolos guerreros  
muchachos astrosos con signos pacifistas,  
«latinos» de indocumentada vergüenza.  
Pasan, pasan, pasan...  
El blues lento se distiende, sale la luna  
y siguen latiendo las vidas  
aquí en la capital del Imperio,  
en medio del apacible Georgetown,*



*Rita Hayworth en 1941*

*tan apacible como un fantasma del viejo continente  
trasladado a esta casa ruidosa  
por algún viejo mago literario o cinematográfico.*

*Ahora recostados en un silencio que favorece la llegada del olvido,  
un silencio que nos permite escoger los recuerdos  
y aliviar el dolor —tolerable—, por cierto— de una memoria demasiado activa,  
nos dedicamos a las cosas fundamentales:  
la cocina, los paseos por el bosque,  
las conversaciones sobre todo y nada,  
la observación de las estrellas  
y los arreglos funerarios, divertidos y siniestros  
como una secuencia de «Arsenic and old laces»...  
Todo tiene un orden que se asume como el paso de las estaciones:  
Marsha Hunt acabará casándose:  
June Allyson encontrará una nueva forma de preparar el asado  
a su esposo recién ascendido en la compañía de seguros;  
Judy Garland no podrá hacerse vieja ni artrítica,  
ni morirá en Londres al lado de un marido repugnantemente joven.  
Los dioses no envejecen ni Frank O'Hara morirá en ese accidente de tránsito.  
Lo salvará, en el último momento, el Dr. Lionel Barrymore  
y Frank Capra organizará un baile en el quirófano  
que acabará en medio de cánticos,  
mientras James Stewart besa a Donna Reed  
y el Congreso de los Estados Unidos  
decreta la obligación de ser absoluta y rítmicamente felices.  
No es verdad que Errol Flynn haya sido espía, borracho perdido  
y abotagada ruina. Flynn sigue trepando por las gavias  
y los galeones españoles siguen temblando de miedo  
en los estanques de la Paramount.  
¡Por Dios! ¿Quién puede asegurar  
que Arlene Dahl es una viejecita,  
que Rita Hayworth ha dejado de ondular  
o que Loretta Young ya no abrirá la puerta  
de nuestra casita de madera en Pocatello, Idaho?*

\* \* \*

*Ahora, ya fuera de la casa de la lluvia,  
cubiertos por una luna casi tan llena  
como la de los escenarios de Broadway,  
repetimos, en voz baja, una pequeña serie de viejos conjuros  
y pensamos en Thomas Wolfe y en sus descubrimientos de lo descubierto,*

*en Dylan Thomas y su última y ordenada fila de vasos de whiskey,  
 en Copland silbando polkas del oeste o rabiosos danzones del arrabal mexicano,  
 en la fila de pachucos con sus candorosas navajas en las calles de L. A.,  
 en la campaña alcohólica de Poe, sentado junto a la tumba  
 con el cuervo parado en su hombro,  
 en Acab arponeando todo lo blanco,  
 en Robeson sacándole la lengua al senador encapuchado,  
 mientras Chambers denuncia a toda la Academia  
 y Chaplin hace las maletas pensando en Southampton,  
 —Lilian y Dash, ocultos en la casa de la playa,  
 beben y fuman rodeados de halcones de piedra y de juguetes dormidos en el ático—.  
 Lejos quedaron Scott y Zelda naufragando en el Ritz,  
 bebiéndose un viejo continente entero,  
 invitados a la fiesta que París daba a Don Ernesto  
 —más tarde pescador en Santiago de Cuba—,  
 a Gertrude Stein, ciudadana del país más viejo del mundo,  
 a Cole Porter y a Monty Wholley, vestidos de lino blanco  
 en la postal violeta con matasellos veneciano...  
 Pasan diarios, revistas ilustradas, anuncios, canciones,  
 un negro con sus blues ya urbanizado...  
 el nuevo mundo, la América que ignora a la otra América  
 —patio de atrás, huerto, lavadero de ropa sucia,  
 granero de criaturas que recolectan frutos—...  
 La noche tiene en Georgetown un resplandor eléctrico  
 —son las luces de Alexandria  
 que chocan con las nubes  
 y regresan tocadas por la magia—;  
 canta el ruiseñor y nuestro tono enfático se rompe.  
 Sólo se puede hablar como lo hacía Wallace Stevens:  
 hablando como el que no quiere hablar  
 y sabe que el silencio y la oscuridad valen a veces mucho más  
 que todas las palabras y las luces de los hombres...*

HUGO GUTIÉRREZ VEGA  
*Embassy of Mexico*  
 2829-16 Th. ST. N. W.  
 WASHINGTON, D. C. 20009 (USA)